

TÍTULO: *El lente que proyectó las vidas subalternas: Discursos de odio en la obra de Fernando Birri*

Lucía Di Carlo

FPyCS - UNLP

Mesa 1 – Eje 4 Arte y Comunicación

Para poder comprender las acciones de los sujetos, siempre es útil comprender los discursos que los circundan. No existe ningún discurso que opere desde el vacío, es parte de lo que se denomina la semiosis infinita. Toda discursividad social está atravesada por procesos que la modelan y le dan un marco; las interpretaciones de los sujetos no son libres ni son determinadas por un solo factor: son una articulación compleja que contiene diferentes elementos de aceptación o de rechazo. Según Stuart Hall, “a las ideas dominantes no se les garantiza su predominio a través de su emparejamiento ya establecido con las clases dominantes. Más bien, el emparejamiento efectivo de las ideas dominantes con el bloque histórico que ha adquirido poder hegemónico en un período particular es lo que el proceso de lucha ideológica pretende asegurar. Este es el objeto del ejercicio, no la representación de un guión ya escrito y concluido. (...) La estructura de las prácticas sociales —el conjunto—, por lo tanto, no flota libremente ni es inmaterial. Pero tampoco es una estructura transitiva, cuya inteligibilidad se halle exclusivamente en la transmisión unidireccional (desde la base hacia arriba) de efectos” (Hall, 2010: 151).

El llamado sentido común es la incorporación de contenidos que, en un determinado momento histórico, es considerado lo autoevidente, al conocimiento legítimo. Esta incorporación es el resultado de un largo proceso histórico donde determinadas formas de discurso se vuelven hegemónicas. Como señala Pierre Bourdieu, “las fracciones dominantes, cuyo poder descansa sobre el capital económico, apuntan a imponer la legitimidad de su dominación, ya sea por su propia producción simbólica, ya sea por la intermediación de las ideologías conservadoras que no sirven verdaderamente jamás a los intereses de los dominantes sino por añadidura” (Bourdieu, 2004: 69) Para el autor francés, el poder simbólico es un efecto ideológico que consiste en la imposición enmascarada de sistemas de clasificación políticos que tienen la

apariencia de taxonomías; constituye lo dado como un modo de hacer ver, de hacer creer: son estructuras mentales ajustadas a las estructuras sociales, un orden gnoseológico que contribuye a asegurar la dominación de clase. El poder simbólico vincula a los sujetos con la interpretación de la realidad: “es en la correspondencia de estructura a estructura –escribió Bourdieu– que se cumple la función propiamente ideológica del discurso dominante, medio estructurado y estructurante tendiente a imponer la aprehensión del orden establecido como natural (ortodoxia) a través de la imposición enmascarada (por tanto, desconocida como tal) de sistemas de clasificación y de estructuras objetivamente ajustadas a las estructuras sociales” (Bourdieu, 2004: 71). El poder simbólico se expresa con mayor claridad cuando menos se lo cuestiona. Es una forma de estructurar discursos que tiene una funcionalidad clasificatoria: los roles sociales, culturales, económicos, de géneros construidos socialmente están atravesados por estas lógicas. Cualquier análisis de discurso debe considerar esta dimensión clave porque es constitutiva de las bases legitimantes de las representaciones sociales que circulan. No existe ninguna forma de discurso que carezca de una matriz valorativa, todas contienen una dimensión ideológica que puede ser analizada. La hegemonía se sostiene mediante la aceptación de estas representaciones sociales. Son las que constituyen la parte consensual. Esto no quiere decir que carezca de rechazos o cuestionamientos: la resistencia a la hegemonía por grupos que están en oposición a los discursos dominantes llevan a una actualización constante, a respuestas que pueden ser coyunturales o permanentes, a la adaptación de algunas de las demandas dentro de los límites tolerables. La hegemonía es un proceso activo. No es una mera imposición de arriba hacia abajo, incorpora elementos que pueden ser considerados problemáticos en el corto plazo pero útiles en el largo para las necesidades del sistema (por ejemplo, la educación pública que formó trabajadores acordes a la necesidad del capitalismo industrial). Según la formulación de Gramsci, “lo que anteriormente era secundario y subordinado, o hasta incidental, ahora supone que es primario: se vuelve el núcleo de un nuevo complejo ideológico y teórico. La antigua voluntad colectiva se disuelve en sus elementos contradictorios, ya que los subordinados se desarrollan socialmente, etc” (Gramsci citado en Hall, 2010 :149).

La hegemonía, por medio de estos discursos, constituye un marco gnoseológico, un modo de hacer ver las cosas. Funciona sobre mecanismos de clasificación social que, al ser incorporados, son estructurantes. Estos mecanismos pueden ser excluyentes: la producción de un otro que está fuera de lo conocido o lo cercano puede construir barreras simbólicas muy difíciles de franquear. La clasificación social determina funciones y roles a cumplir, son taxonomías que pueden cumplir una función legitimante de las desigualdades sociales. También es un foco de disputa y de conflicto: “el modo como las gentes llegan a ocupar total o parcialmente, transitoria o establemente, un lugar y un papel respecto del control de las instancias centrales del poder, es conflictivo –escribió Quijano–. Es decir, consiste en una disputa, violenta o no, en derrotas y en victorias, en resistencias y en avances y en retrocesos. Ocurre en términos individuales y/o colectivos, con lealtades y traiciones, persistencias y deserciones. Y puesto que toda estructura de relaciones es una articulación de discontinuos, heterogéneos y conflictivos ámbitos y dimensiones, los lugares y los papeles no necesariamente tienen o pueden tener las mismas ubicaciones y relaciones en cada ámbito de la existencia social, o en cada momento del respectivo espacio/tiempo" (Quijano, 2000: 369).

Describir esas formas de clasificación social, cómo operan para reconocerse o reconocer al otro, es desentrañar un patrón societal de poder de larga duración. No sólo se da entre sujetos, sino también en los territorios. La distribución de los espacios y de las personas que los habitan también están sujetas a estas formas de clasificación: “no se trata aquí solamente –según Quijano– del hecho de que las gentes cambian y pueden cambiar su lugar y sus papeles en un patrón de poder, sino de que tal patrón como tal está siempre en cuestión, puesto que las gentes están disputando todo el tiempo, y los recursos, razones y necesidades de esos conflictos nunca son los mismos en cada momento de una larga historia" (Quijano, 2000: 369/70).

La constitución de los sujetos, tanto individuales como colectivos, están siempre compuesta por elementos heterogéneos y discontinuos; solo pueden llegar a ser una unidad cuando esos elementos se articulan en un eje específico, bajo condiciones concretas. Este fenómeno es parte de la constitución de identidades (tanto sociales como colectivas). La construcción del sujeto popular por parte de los sujetos dominantes,

por ejemplo, se puede considerar de esa manera: el rechazo o la aceptación de una identidad (dándole un sentido positivo) depende de cómo responden esos sectores a la clasificación. Un caso emblemático es la aceptación de la militancia peronista del término descamisado (cosa que no ocurrió con la descripción "cabecita negra"). Como señaló Alejandro Grimson, "se construye un 'otro' negro –en el sentido argentino de 'no blanco'– que, como es evidente, resulta crucial para definir la propia identidad blanca, europeísta, urbana, educada y antiperonista. La presencia de los 'cabecitas negras' en la capital hizo añicos el mito de la homogeneidad y singularidad argentina, elaborado con cuidado, al tiempo que produjo como reacción una visión racial de una clase media blanca durante la época peronista" (Grimson, 119).

Estas formas de clasificación social –que el peronismo expuso de modo crucial– ya tenía una larga memoria histórica prefigurada en el desprecio a los seguidores del rosismo y el yrigoyenismo (la chusma radical). Esos discursos, con matices y formas más solapadas de exposición, continúan presentes en la actualidad y forman parte del ideario antipopulista. En la actualidad, las formas del racismo son para inferiorizar a los otros sin importar el color de piel (por su falta de ética laboral, por su indisciplina, por sus consumos, por sus gustos, etcétera). La figura del cabecita negra se sustentaba en la imagen del migrante interno, del obrero proveniente de las provincias, de tez trigueña y de cabellos hirsutos y renegridos. Una imagen que puso en crisis el mito de la Argentina blanca y visibilizó el mestizaje existente en el país.

Sin embargo, que el racismo sea más de tipo clasista y no fenotípico tuvo implicancias sobre el funcionamiento de las fronteras sociales: "no hubo un desafío abierto a la idea de una Argentina blanca –escribió Grimson–. Los trabajadores querían incorporarse a la sociedad, incluso querían ser aceptados por quienes los denigraban. El poder del estigma 'negro' fue gigantesco porque jamás se le enfrentó de manera abierta. Al calificar una identidad de clase y política, era claro que cualquier persona que saliera de ese mundo dejaría de ser 'negro'" (Grimson, 122). Por este motivo, el racismo puede ser una forma de estigmatización de quien está cerca en términos de clase social: los sectores medios pueden utilizarlo como forma de denigración de quienes están apenas abajo en la estructura económica. También puede ser utilizado contra poblaciones migrantes, sean internas o proveniente de los países vecinos. Es una etiqueta social que

tiene connotaciones negativas muy marcadas. Puede ser utilizada contra modos de hablar, de vestir, de comportarse.

Un ejemplo tan burdo como claro es cuando se hace la aclaración –ante una acusación de racismo– de que no se está hablando de “los negros de piel, sino de alma”. Existen modos menos brutales, que se manifiestan en descripciones sobre hábitos (o sobre la falta de ellos) o sobre relaciones con determinadas estructuras (como el Estado). Esto sucede porque, como indicó Quijano, “las categorías que identifican lugares y papeles en las relaciones de poder, tengan todas la pretensión de ser simplemente nombres de fenómenos 'naturales', tengan o no alguna referencia real en la 'naturaleza', es una indicación muy eficaz de que el poder, todo poder, requiere ese mecanismo subjetivo para su reproducción. Y es interesante preguntarse porqué” (Quijano, 2000: 373). Este mecanismo de reproducción indica la capacidad que tiene de instalarse como sentido común. Es la violencia simbólica expresada en un ideario adoptado por un segmento de la población que se siente parte. Como señaló Laclau, “si la hegemonía de un sector social particular depende, para su éxito, de que pueda presentar sus objetivos propios como aquellos que hacen posible la realización de los objetivos universales de la comunidad, queda claro que esta identificación no es la simple prolongación de un sistema institucional de dominación sino que, por el contrario, toda expansión de esa dominación presupone el éxito de esa articulación entre universalidad y particularidad (es decir, una victoria hegemónica)” (Laclau citado en Butler :168). Sin esta condición fundamental, la hegemonía no tendría uno de sus aspectos fundamentales: el consenso y la capacidad de crear un bloque policlasista sustentado en una visión de mundo compartida. Esto es: la dirección intelectual y moral. También existe una dimensión insoslayable, la material, que está vinculada con la atención a las demandas cambiantes de los sectores subalternos aliados. Según indica Butler, la articulación de la universalidad es contingente, ya que no se puede establecer de una vez y para siempre; tiene que existir –necesariamente– una correspondencia que legitime la dirección de los sectores que ejercen la hegemonía. La autora señala que “dichas demandas exponen los límites contingentes de la universalización, y nos hacen pensar que ningún concepto ahistórico de lo universal funcionará como medida de qué entra y qué no entra en sus términos” (Butler: 170).

Este proceso no se limita a la cuestión racial, sino que también está presente en los roles de género. Las representaciones existentes asignan roles o expectativas a cumplir, que en los últimos años se han puesto en debate. Esto se vincula al reconocimiento de la diversidad de género, pero también a formas de ejercer la sexualidad (la demisexualidad, la asexualidad, las relaciones abiertas) bajo formas que existen pero que, en períodos previos, no tuvieron la visibilidad con la que cuentan ahora ni fueron denominadas de la manera que se hace ahora. Eso ha actualizado, en consonancia, las reacciones conservadoras. También tuvo como consecuencia la reactualización de la misoginia de sectores que se sienten incómodos (o reactivos) frente a este nuevo contexto. Por ello, un aspecto interesante para analizar es el deseo. Como afirma Butler, las normas sociales “que actúan sobre el sujeto para producir sus deseos y restringir su operación no actúan en forma unilateral. No son simplemente impuestas e internalizadas de determinada forma. En realidad, ninguna norma puede actuar sobre un sujeto sin la activación de la fantasía y, más específicamente, del vínculo fantasmático con ideales que son a la vez sociales y psíquicos” (Butler, 157).

Estas normas no son entidades estáticas, sino elementos de la existencia incorporados e interpretados. La norma estructura la fantasía pero no la determina. La norma, como la define Butler, es sexualizada y sexualizante; la sexualidad, a su vez, es constituida –pero no determinada– en base a ella. Estos modos se articulan de un modo complejo, ya que no se puede desvincular de los otros factores que se intersectan en las relaciones de poder y de resistencia: “las forclusiones que fundan –y desestabilizan– al sujeto se articulan a través de trayectorias de poder –escribió Butler–, ideales reguladores que restringen lo que será o no una persona, que tienden a separar a la persona del animal, a distinguir entre dos sexos, a fabricar la identificación en dirección a una heterosexualidad 'inevitable' y a morfologías de género ideales; y pueden producir también los materiales para identificaciones y rechazos tenaces en relación a las identidades raciales, nacionales y de clase, de las que a menudo resulta muy difícil 'decir algo' a favor o en contra” (Butler, 159).

En los procesos de socialización (tanto la primaria como la secundaria) intervienen una multiplicidad de agentes e instituciones. El primero que podemos

mencionar es la familia, que tiene un rol importante en ese proceso pero que tiene sus particularidades. Según la hipótesis de Bateson, "aunque la familia es un grupo peculiar, aunque siempre en permanente contacto con otros grupos similares, al mismo tiempo es una unidad de específica de cultura y, más en concreto, una estructura sociocultural que tiene una memoria colectiva que se remite a aspectos genealógicos, mitos y acontecimientos culturales". Esta interacción produce una serie de categorías que influyen sobre los modos de ver y de actuar de los sujetos. Se internalizan comportamientos, formas de socialidad y normas sociales. La familia está atravesada por una estructura sociocultural que es estructurada y estructurante (tomando la referencia de Bourdieu). Las familias son parte de comunidades que, según José Castillo Fernández, generan "un banco de la memoria que permite la intercomunicación y la fundamentación de la identidad que está en constante proceso de transformación. Para Bajtín (2000) este juego está inmerso en la fiesta del cuerpo colectivo/individual, que se integra y se aleja, es un estado predeterminado y permite la construcción, no sólo de los discursos múltiples y complejos, sino que al unísono permite la unificación del discurso que reside en la memoria" (Castillo Fernández, 2010:223). Esta memoria social, de la que participan las familias, tiene una fuerte influencia en los sujetos, ya que son formativas de la visión del mundo. Sin embargo, y como veremos luego, el contexto de transformaciones sociales que produjeron las sucesivas olas neoliberales pusieron en jaque las instituciones socializadoras: "no es fácil estimar en qué grado la institución familiar funciona para los jóvenes como sustituto o compensación de las estructuras macrosociales deterioradas –escribió García Canclini–. (...) El empeoramiento de las condiciones de trabajo y subsistencia se correlaciona, a veces, con la pérdida de la cohesión (divorcios, separaciones, madres solas como jefas de familiar). Sin embargo, la institución familiar sigue apareciendo como recurso de ayuda clave y con una alta valoración simbólica" (García Canclini, 11)

Discursos de odio en la obra de Fernando Birri

Santa Fe, década del 60. La Capital de una provincia que es uno de los puntos dinámicos de la economía agrícola ganadera. Un país que tiene proscrita a la principal

fuerza política, que un lustro antes fue despojada del poder por medio de un golpe militar que incluyó bombardeos a civiles y que después fusiló militantes políticos y prohibió nombrar al líder del movimiento depuesto. Los que denunciaban los métodos autoritarios y violentos del peronismo aplicaron métodos aún más autoritarios y violentos (y en los siguientes golpes la escalada represiva fue en aumento). La irrupción de un sujeto social que vino a poner en crisis la narrativa de la Argentina blanca y urbana generó una respuesta que expresó el costado más clasista y racista de los sectores dominantes y las clases aliadas. El mito de la homogeneidad nacional tuvo como respuesta la expresión de discursos con un fuerte componente estigmatizante y denigrante del sujeto popular que emergió durante el período peronista. Parte de ese imaginario –a veces de modo solapado, otras más brutal– sigue existiendo en nuestro país, con la novedad de la irrupción de una juventud reaccionaria que viene a correr por derecha al antiperonismo tradicional. Pero volvamos: Santa Fe, década del 60. Fernando Birri en el documental *Tire dié* decide relatar una encuesta que muestra la situación de la provincia, el lado B de la provincia pujante: una en la que las clases populares lidian con la pobreza, la falta de trabajo, de derechos y de obras básicas para poder llevar dignamente el día a día. El país del Estado de bienestar fragmentado, incompleto que tres décadas después va a destrozarse el neoliberalismo –que, luego, intentará gestionar sus efectos punitivamente. El país donde los pibes van al *tire dié* –van a pedir monedas al tren en movimiento. Plata que no alcanza. El relato de Birri da voz a quienes viven esas condiciones, es un registro de las penurias cotidianas, de obstáculos. Una pobreza que en la actualidad llenaría páginas que la romantizarían. En las subjetividades odiantes contemporáneas, el pobre quijotesco es un pobre merecedor de piedad; el otro, el que no cuadra por contestatario o moralmente reprobable, es objeto de desprecio.

Esto no quiere decir que Birri haga eso: el valor testimonial contiene una descripción cruda de las condiciones de vida de las clases subalternas. Si se complementa con otra obra, *Los Inundados*, queda claro: una familia humilde –que vive a orillas del río Salado– es trasladada junto con sus vecinos a un predio cerca del centro porque la creciente del río inundó el barrio. Este desplazamiento genera una reacción de los que viven en el centro, que no quieren que estén ahí. Como es una cuestión temporal, se produce una constante negociación entre los inundados y políticos oportunistas. Sin embargo, esta situación genera una sofisticada muestra de descontento

en un diario local: “yo me pregunto cuando contemplo junto con el modernismo correo, una hilera de vagones de inundados, yo me pregunto, digo, es que no tenía otro lugar adonde dejar a esta pobre gente expuesta así a la indiscreción de todo el mundo con sus hijos y su miseria, obligándonos a quienes contribuimos con nuestros impuestos...”. Si existe algo que demuestre la larga memoria del conservadurismo nacional es la visión fiscalista de la ciudadanía: el ejercicio de la política tiene como pre-condición el cumplimiento de las obligaciones impositivas. 6 décadas después encontramos un discurso similar, pero con otro tono y con otra violencia: los foros digitales dan sobradas muestras de cómo se adjetivan a los pobres que reciben una ayuda económica del Estado. Y si la situación tiene como telón de fondo el problema del acceso a la tierra, los discursos de odio irrumpen con fuerza. En la obra de Birri, la tensión se da entre la desconfianza de los desplazados y las promesas de los candidatos, entre los inundados y los del centro, entre los pobres y la burocracia (y la policía). También se encuentra una interesante reflexión sobre los medios gráficos sobre la situación: “muchachos, ese diario le hace el juego al gobierno. Avivensé: la va de neutral, pero está preparando a la opinión pública para echarlos de acá impunemente. Nuestro diario El Progreso no lo permitirá”. Pero, después, el diario dice: "Sensacional noticia ¡echan a los inundados del puerto! Se destapó la olla. (...) Lea Progreso". El medio es un actor político que desde la reconstrucción del conflicto juega un rol de oposición gubernamental, que pasa de la búsqueda de llegar a los inundados a realizar una denuncia en pleno proceso electoral: ese pasaje está vinculado a los movimientos que realiza contra el poder de turno, a sus intereses. Esta descripción, en ese contexto, es útil para describir la construcción de una subjetividad que puede ser útil para discursos estigmatizantes: destapar la olla, como título denuncia, es una forma de socavar legitimidad y de plantar sospechas en las vinculaciones entre el Estado y los afectados. Esta estrategia de generar desconfianza para distinguir pobres merecedores de ayuda o no parte del prejuicio –de larga historia– que sostiene que recibir algo del Estado anula la autonomía (como una correlación directa). Esta forma de esmerilar desde la producción de contenidos es un rasgo que se exacerbó en los últimos años, con el agravante de que los mecanismos de las fake news están más aceitados: los títulos para alimentar los sesgos cognitivos y la indignación al alcance del clickbait son también una forma de marcar poblaciones, generar desgaste y descontento y alimentar prejuicios –y pánico moral–, son los insumos básicos que

necesitan los discursos de odio para circular. Otro aspecto a remarcar es la colecta que hacen los sectores pudientes para la situación de los inundados. Es otro elemento de la larga memoria de las clases dominantes para actuar sobre las clases subalternas: que las señoras ataviadas paseen por las calles recolectando monedas mientras miran los escaparates es parte de una historia que tiene sus antecedentes en las damas de caridad decimonónica y que continua en las colectas digitales. Los límites entre las clases están visibles, pero el nivel de conflictividad no llega a la virulencia que pueden expresarse en la actualidad: existe una mirada piadosa. Incluso en Tire dié, donde el guardavías tiene una resignada comprensión aunque señala los riesgos de la práctica. En las producciones de Birri, las distancias de clase están y las dificultades cotidianas de las clases populares se describen con testimonios, aunque en un período donde existe un trasfondo de violencia política y proscripción no se manifiesta en una aporofobia que pida represión o el uso de la fuerza del Estado. Hoy, eso sería visto por ciertas derechas alternativas como la expresión de una derecha sensible.

Al contexto actual le crecieron los enanos fascistas y le aparecieron nuevos actores que sin llegar a ser abiertamente fascistas, si tienen un posicionamiento muy autoritario en la gestión de los conflictos sociales. Pueden existir rasgos comunes, relacionados a la caracterización de las clases populares (marcadas por las tesis reaccionarias que enumeró Hirschman), la jerarquización de la relación entre clases y a las formas de realizar emprendimientos morales, pero también hay una profundización de los factores más virulentos. Las democracias contemporáneas, aún las que podían en su momento solían caracterizarse a sí mismas como avanzadas, vieron irrumpir a grito pelado distintas expresiones de derecha que vinieron a poner en discusión hasta los derechos que ya se daban por descontados. El espejismo de una sociedad pacífica y consensualista, típico de las derechas moderadas posteriores a la disolución de la Unión Soviética, se esfumó. Lo que antes se decía en voz baja y con miedo al repudio ahora se expresa a los gritos con fórmulas prácticas y con llegada: escudándose en la libertad de expresión (que lo toman como derecho adquirido pero lo niegan al oponente político apenas pueden), muestran una novedosa forma de rebeldía reaccionaria. Sin embargo, estas nuevas derechas desarrollaron una capacidad para expresarse de modo brutal y descarnado y para intervenir en las diferentes redes sociales para expandir sus discursos.

En las producciones de Birri, la pobreza y las malas condiciones de vida de las clases populares están exhibidas de un modo directo, pero no se los señala como los responsables de los problemas de fondo de la sociedad. En Los Inundados, las fobias y las ansiedades de los residentes del centro están, pero la solución contiene las negociaciones –hasta que son repuestos al lugar de origen– y la caridad mediante una colecta. Existen quejas y lamentos, pero no un odio explícito y violento. Son identidades en tensión, pero dentro de los límites del contexto electoral.

Siempre se encuentran segmentos de población a quienes señalar para conjurar miedos y para mostrar supuestos responsables (aunque no sean ellxs quienes dictaminan las políticas económicas que generan miseria). Estos discursos tienen llegada a sectores que son receptivos a su modo de ver el mundo: sus preocupaciones, sus ansiedades y miedos tienen una continuidad histórica, es parte de una memoria larga. En Argentina, los discursos de odio actuales tienen una genealogía que están presentes desde hace dos siglos (y contiene sus matices, como explicamos líneas atrás). En líneas generales, las nuevas derechas se mueven sobre una subjetividad común que está relacionada con las sempiternas ansiedades sobre las clases dominadas. Pero, como indicó Ernesto Semán, vale preguntarse cómo en las últimas décadas “se impuso una forma específica de antipopulismo, de carga liberal y conservadora, sobre las restantes” (Semán, 2021:11). Que en la actualidad se produzca la irrupción de un libertarismo de extrema derecha no debería sorprender porque desde hace décadas existe esa visión de mundo.

En este contexto complejo, uno de los rasgos más preocupantes es la visibilidad de discursos de odio proactivos, que cargan con una densidad que pone sobre la mesa la expresión formas violentas, vengativas y autoritarias de solución de conflictos: “la asociación con mala intención es una distinción importante. (...) A diferencia del odio, el cual es a menudo más flexible, el odio rencoroso y vengativo implica un escenario complejo de agravio y deseo retaliativo de venganza. Las personas que odian pueden no querer tener nada que ver con la persona o situación que despertó su odio; las personas llenas de odio rencoroso y vengativo desean hacer cualquier cosa mala, que puedan concebir, a la fuente de su odio rencoroso y vengativo”(Lichtenberg y Shapard, 2000). Saber cuál es la densidad y la intensidad de los odios depende de las características de los grupos odiantes y cómo construyen los grupos odiados; cómo se suceden los

eventos que desembocan en las expresiones de dichos odios: las formas de legitimación dependen de la estigmatización que padecen las poblaciones objetos. Unos pobres en desgracia –como los inundados o los pibes que van a pedir monedas– no son lo mismo que unos pobres que protestan. Esos grupos en un contexto de crisis pueden ser utilizados como objetivo de las subjetividades odiantes de época. Pueden ser parte de las políticas de sustitución, que tienen como fin desplazar las discusiones sobre el sistema económico para enfocarlas en cuestiones sociales. Esto, a su vez, tiene un fin excluyente y confirmatorio de determinados valores. El pánico moral es el efecto “de la totalización discursiva hegemónica –escribió Huergo–, que hace que el soslayo del ‘otro’ sea a la vez productivo: es la producción de un imaginario de amenaza, y por tanto de rechazo, (...) frente a los cuales el discurso hegemónico pretende sensibilizar moralmente a toda la sociedad” (Huergo, 2001). Las fronteras que se construyen están cimentadas en estas totalizaciones discursivas. La intensidad dependerá del contexto y de las ligazones sociales: “la cohesión entre los miembros les proporciona un comportamiento homogéneo a partir de considerarse iguales –escribieron Bermúdez y Meli–. Pero esa cohesión se soporta expulsando hacia afuera la hostilidad. El resultado de esa unificación o compulsión a la síntesis es la emergencia del enemigo extraño. Unificar el objetivo del odio implica reducir la agresión interna. Pero esto no será sin consecuencias”. (Bermúdez y Meli, 2013).

En síntesis, la obra de Birri nos permite, de alguna manera, describir algunos desplazamientos que vimos consolidarse en las últimas décadas (producto del crecimiento de las desigualdades). Entre los discursos existe una continuidad, porque las bases ideológicas se mantienen en el tiempo aunque tengan modificaciones; creer que los discursos conservadores y/o reaccionarios se estancan en el tiempo es no entender cómo funciona la capacidad de adaptación de estos movimientos, ya que una de las características es amoldarse a los contextos. La virulencia que vemos en la actualidad también está relacionada con cierto espíritu contestatario de los movimientos rebeldes de los sesenta: “la habilidad de esta derecha para apropiarse de la estética de la contracultura, las transgresiones y el inconformismo tiene más en común con el slogan 'prohibido prohibir' que con cualquier cosa que se puede definir como derecha tradicional” (Nagle citada en Stefanoni, 2021: 91). Esta lógica antiprohibicionista es lo

que permitió un quiebre importante, el que permitió que los discursos de odio adquirieran visibilidad y también que se exhiba el quiebre de los lazos sociales que el neoliberalismo provocó en las últimas décadas. Quiebre que en la obra de Birri no se percibe y explica, en parte, porque se mantiene un marco de relaciones pese a las fronteras sociales. Nos permite, a fin de cuentas, un contrapunto con nuestro presente entre las subjetividades pasadas y las del presente, las continuidades y las rupturas.